

Precolombino

Los rostros de los dioses mesoamericanos

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN*

14 cop.

6/329



Pieza zapoteca que representa la dualidad de la vida y la muerte como mitades opuestas y complementarias de un rostro. Entre los procesos representados por el par vida/muerte estaba el de tiempo de secas/tiempo de lluvias. Soyaltepec, Oaxaca. Clásico. Museo Nacional de Antropología.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/RAICES

TODA CRIATURA TIENE ALMA

En un interesante relato de sus andanzas en busca de materiales para su investigación musicológica, Rosa Virginia Sánchez cuenta que estando en Tamaletom, San Luis Potosí, llegó a una pequeñísima cueva conocida con el nombre de *Koitalab Kalam Uaba Hab*. Allí supo que el nombre de la cueva significa "Lugar donde descansan los instrumentos viejos", y que se debe a que en ella se depositan, protegidos en su eterno descanso por el corazón de un pollo, los instrumentos inservibles que cumplieron su labor par-

ticipando en la danza del Rey Colorado. Intrigada por aquella guarda, Rosa Virginia pidió una explicación a Domingo Navarro, violinista huasteco amigo suyo, y éste le respondió: "Simplemente porque los instrumentos, lo mismo que todo lo demás, tienen alma."

Los honores huastecos a sus instrumentos musicales son milares a los que en los Altos de Chiapas hace el *tzotzil* a sus instrumentos recién fabricados, dándoles a beber aguardiente para que produzcan bellos sonidos. Se trata, sin duda alguna, de una tradición muy antigua. Si nos remontamos a los tiempos que describen las fuentes coloniales tempranas hallaremos que

tiguos mesoamericanos rendían culto a sus aperos de labranza y a sus equipos de juego, y que en su constante trato con los seres de la naturaleza —hierbas, árboles, animales, rocas, corrientes de agua, llamas de fuego, astros, vientos y nubes— entablaban con todos ellos diálogos propiciatorios que revelan sus creencias en un mundo completamente animado.

La explicación de Domingo Navarro tampoco es inusitada. William Madsen recogió una expresión similar entre nahuas de Tecospa, al sur del Distrito Federal: "Todo lo que Dios hizo tiene un alma espiritual, porque nada puede vivir sin espíritu", y Vogt, al hablar de las creencias de los zinacantecos, dice que éstos atribuyen "almas innatas" incluso a objetos fabricados por el hombre.

LAS ALMAS DE LAS CRIATURAS SE FORMARON EN EL MOMENTO DE LA CREACIÓN

Lo anterior pudiera resumirse en la afirmación de que el animismo ha sido muy importante en la tradición religiosa mesoamericana, pero la concepción indígena es mucho más profunda. Existe en el fondo del animismo un remoto paradigma mitológico que da sentido a la creencia. A él conducen, como indicios, las prácticas mágicas, para las cuales el animismo es uno de sus pilares. En efecto, los antiguos magos se enfrentaban a las más diversas criaturas del mundo tratándolas como si fuesen personas. Tal hacían con el agua, el fuego, el tabaco, las medicinas, los animales dañinos, las plantas domésticas, los peces, las abejas, los instrumentos, etcétera. Trataban de convencerlos de que facilitarían las tareas del mago o de sus clientes: la caza, la pesca, la recolección, el cultivo agrícola, la producción de manufacturas, el viaje, la curación de un paciente... hasta el daño al enemigo. No era un diálogo fingido, simbólico, sino la aproximación por medio de la palabra y la acción a seres que creían capaces de escuchar sus ruegos, sus propuestas de alianza o sus amenazas.

Pues bien, hay elementos en los conjuros que indican que las "almas" de las criaturas eran más que meras entidades invisibles e inteligentes. De tal manera, algunos de los nombres que los magos daban a las criaturas pertenecían a los dioses mismos, y así, por ejemplo, llamaban al agua Chalchiuhcueye; otros conjuros —y en ello abundan los mayas del *Ritual de los Bacabes*— se referían a las criaturas como a personajes que habían participado en las aventuras míticas durante el tiempo de la creación.

Todo apunta al enlace del tiempo primigenio con el tiempo del hombre, y esto lo corroboran otros datos de la Colonia temprana. Así, en el siglo XVII Jacinto de la Serna supo de sus feligreses que creían que los árboles tenían vida, pues consideraban que los árboles eran "hombres de otro siglo". Si lo anterior se traduce al lenguaje moderno, entenderíamos que fueron seres que vivieron en otra dimensión temporal, en el periodo de la creación del mundo. Y entendiendo la creencia en su conjunto, se encuentra que dentro de cada criatura hay, invisible como su alma, un ser divino que vivió las aventuras míticas del otro tiempo, ser que conserva sus capacidades intelectivas y con el cual los hombres sabios pueden comunicarse para propiciar sus acciones favorables.



FOTO: LAMARCO ANTONIO PACHECO INJES

Enorme figura de cerámica que representa al Dios Murciélago; posiblemente se le haya relacionado con el inframundo. El dios está adornado con un collar del que penden campanas cónicas con badajos en forma de huesos. Miraflores, Estado de México. Museo del Templo Mayor.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO VANCELES

Cabeza de la diosa lunar, Coyolxauhqui, hermana de Huitzilopochtli, dios del Sol. Esta escultura monumental, que representa a la diosa muerta, apareció en las inmediaciones del Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan. Posclásico. Museo Nacional de Antropología.

¿CÓMO ENTRARON LOS SERES MÍTICOS EN LOS CUERPOS DE LAS CRIATURAS?

El paradigma mítico puede resumirse de la siguiente manera: la Pareja Divina Suprema expulsó del cielo a sus hijos por un pecado que cometieron; los dioses desterrados vivieron intensas aventuras en su nueva morada, adoptando con frecuencia

las formas de hombres o animales; uno de ellos se convirtió en el Sol, que sería el gobernante de las futuras criaturas del mundo; al aparecer por primera vez en el cielo, el Sol exigió—o produjo— la muerte de todos sus hermanos. Cada uno de ellos, al perecer, o al recibir los terribles rayos solares, dio origen a la aparición de una clase de criatura sobre la superficie de la tierra. Así, por ejemplo, en un antiguo mito de los nahuas, el dios



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RUCES

Escultura que representa a Coatlicue, terrible diosa de la tierra, la muerte y la fertilidad. Es una de las más vigorosas representaciones de la idea de que la muerte es la generadora de la vida. Coxcatlán, Puebla. Posclásico. Museo Nacional de Antropología.

Nanahuatzin se arrojó a una pira para convertirse en el Sol. Al salir, condenó a muerte a todos los dioses. El último en morir, Xólotl, se convirtió en el animal llamado ajolote.

La muerte de los dioses significa que su sustancia queda aprisionada en los seres mundanos y, por ello, sujeta a los ciclos de vida y muerte. El ajolote lleva dentro de sí al dios Xólotl, como esencia que le transmite las características de la especie. Cuando un ajolote muere, su porción de sustancia divina transita al inframundo; después vuelve a la superficie de la tierra, cuando nace otro ajolote.

Durante la creación, por lo tanto, los rayos solares capturaron, solidificaron a los dioses para que dieran origen a todos los seres existentes en el mundo, incluyendo entre ellos no sólo a los que pudiéramos considerar naturales, sino a los que serían fabricados por el hombre.

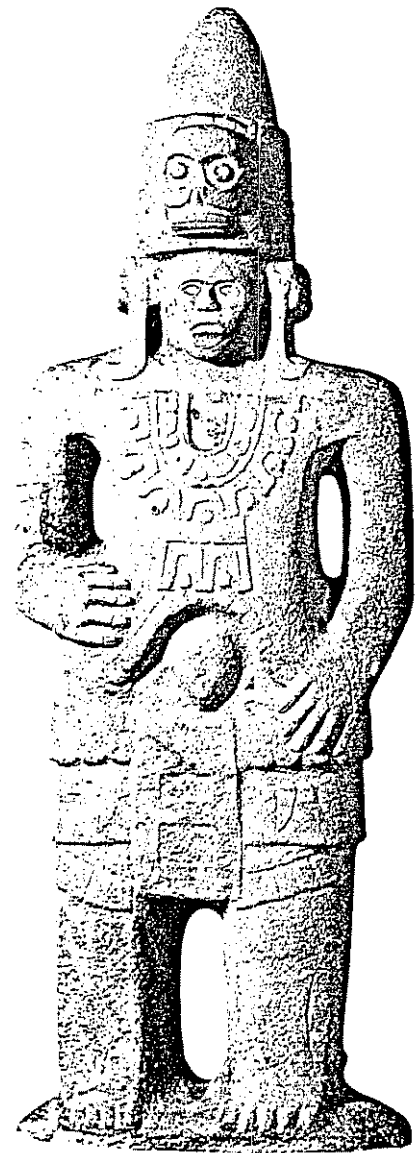
LOS DIOS PATRONOS

El hombre, la criatura máxima, no escapa a la regla. Muy importantes mitos de creación nos hablan de la forma en que los dioses forjaron a la especie, pero hay, además, numerosos relatos de cómo cada grupo humano debe su origen a un dios particular. El paradigma suele ser el mismo: la Pareja Divina Suprema lanza del cielo a sus arrogantes hijos por su pretensión de ser adorados, y los expulsos, tras haber sucumbido por orden del Sol, quedan en el mundo para dar origen y estar al cuidado de un grupo humano. Pero no todos los grupos humanos creados viven simultáneamente. En numerosas narraciones míticas los diversos grupos permanecen en estado de latencia en el interior de una gran Montaña Madre hasta el día en que el patrono los saca a la luz del mundo.

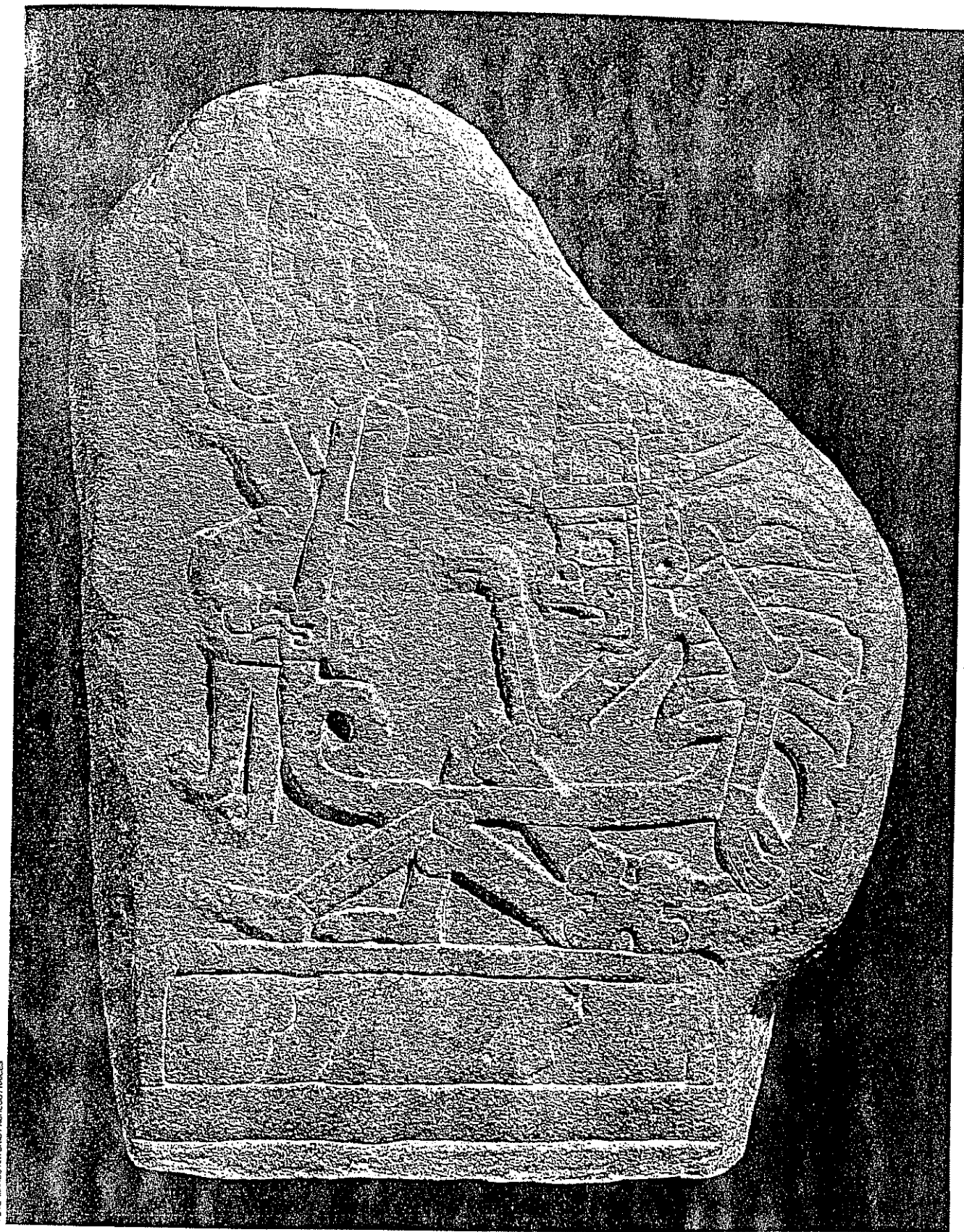


Figura de cerámica que representa una diosa con algunos atributos similares a los de las mujeres muertas de primer parto. El Cocuite, Veracruz. Clásico. Museo de Antropología de Xalapa, Veracruz.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO RAICES



Escultura de un personaje con atributos del Dios de la Muerte. Los tocados cónicos y el tratamiento esquemático y rígido de los miembros humanos son característicos del estilo huasteco. El Naranjo, Veracruz. Posclásico. Museo Nacional de Antropología. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO RAICES



Lápida en la que se representa a una divinidad descarnada de cuya caja torácica se prolonga un apéndice que la une a otro personaje. Izapa, Chiapas. Preclásico Tardío. Museo Nacional de Antropología.

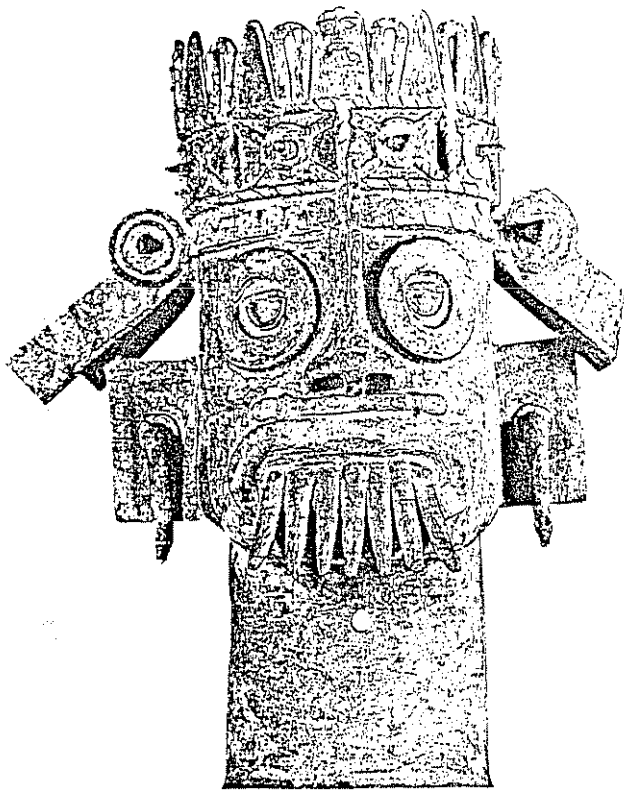


Imagen de cerámica que representa al dios de la lluvia. Se caracteriza por las anteojeras y los grandes dientes agudos. Enviaba las aguas benéficas a las siembras y el temido granizo. Centro de Veracruz. Posclásico. Museo Nacional de Antropología. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/ RAICES



Figura de cerámica del dios de la lluvia con sus características anteojeras y sus dientes agudos emergiendo bajo una especie de bigotera. Mixteca. Posclásico. Museo Nacional de Antropología. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/ RAICES

En esta forma el mito resuelve varios problemas. Por una parte, explica por qué unos pueblos han existido históricamente antes que otros, a pesar de que la especie humana fue producto de una creación unitaria. Además, del patronazgo derivan las diferencias de raza, lengua y costumbres. Todo ello se explica a partir de la esencia del dios patrono, pues éste otorga a sus hijos, con la parte de la sustancia divina que deposita en sus corazones, las particularidades étnicas. Por último, la herencia del dios comprende el oficio que caracteriza al grupo en un contexto económico amplio, y una reliquia que, como parte del donador, se guarda en el bulto sagrado, uno de los más importantes elementos mesoamericanos de cohesión social.

Los relatos históricos cuentan que los dioses patronos acompañaban a sus hijos, guiándolos desde las bocas de la Montaña Madre hasta la tierra prometida. Allí, tras el milagro que marcaba el fin del éxodo, el dios iba a habitar el monte próximo que le serviría de hogar, desde el cual protegería a su pueblo envián-

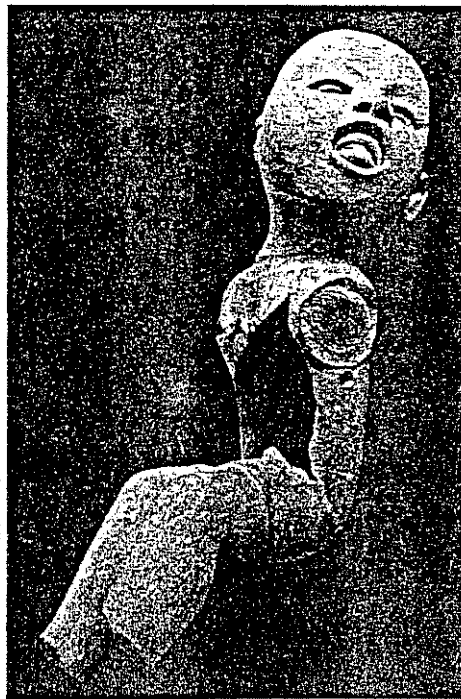


Imagen de cerámica que representa al dios Xipe-Tótec como un personaje infantil cubierto con la piel de un sacrificado. Xipe-Tótec era la deidad del enfrentamiento de los opuestos. Costa del Golfo. Posclásico. Museo Nacional de Antropología.

dole salud, hijos, agua y la fertilidad de la tierra, a cambio de su fidelidad y buena conducta.

Cada miembro del grupo tenía en su corazón una parte del alma del dios patrono, pero la cantidad de la fuerza divina no era igual en todos, pues había quienes participaban con privilegio de aquella riqueza común. Esta creencia sería básica para la formación de los linajes gobernantes y daría pie a que muchos místicos se creyeran depósitos vivos, imágenes humanas por la posesión que hacían de ellos los númenes protectores. Eran los hombres-dioses, que con frecuencia aparecen en la historia como gobernantes semidivinos, inflamados por la sabiduría sobrenatural.

LAS MORADAS DE LOS DIOSES

El mesoamericano creía vivir una cotidianidad plena de dioses. Éstos existían no sólo en las fuerzas de la naturaleza, en constante lucha, o como guardianes de los lugares sagrados y misteriosos, sino dentro de la más humilde de las cria-

turas. Sin embargo, el mesoamericano creía también que los dioses tenían sus moradas propias, con acceso vedado a los mortales. Los dioses poblaban los más altos niveles celestes, los tenebrosos pisos del inframundo y el interior de los cinco árboles cósmicos que, plantados en el centro del mundo y en los cuatro rincones de la tierra, sostenían el cielo. Los dioses eran, además de creadores de la gran maquinaria del cosmos por la cual fluían sus fuerzas, los regentes de las distintas partes que componían la maquinaria o sus partes mismas: eran pisos celestes o del inframundo, árboles sustentantes del cielo, etcétera.

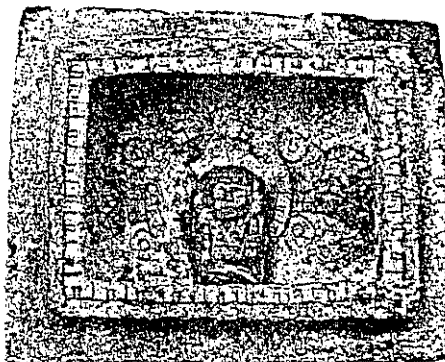
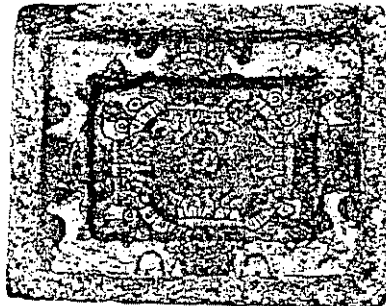
Lo anterior parece contradecir el paradigma mítico de la muerte de los dioses. ¿Cómo era posible que, habiendo quedado prisioneros en el mundo del hombre, sujetos al ciclo de la vida y de la muerte, pudieran encontrarse en sus eternas mansiones? La respuesta aparece cuando se toman en cuenta las peculiaridades divinas: para el mesoamericano, los dioses son capaces de dividir su sustancia y, por ello, existir simultáneamente en diversos lugares. Xolotl, así, podía encontrarse sobre el horizonte como ser venusino, o como esencia de los ajolotes, o en el interior de cada una de sus imágenes de piedra o de barro, o en el tiempo mítico, viajando al inframundo para obtener la materia fría con que formaría a los hombres, o en los más altos cielos... Su don de ubicuidad explica que un dios pueda ser regente de distintos niveles cósmicos, que sea patrón al mismo tiempo de diversos grupos humanos o que reciba adoración en los múltiples templos a él dedicados. Su sustancia divina se distribuye en el cosmos, y cuando se concentra en un sitio o en un momento sagrados suele manifestarse como un milagro.

FISIONES Y FUSIONES DIVINAS

A esta peculiaridad divina puede agregarse otra sumamente interesante: para los mesoamericanos, un dios podía separar sus partes constituyentes para descomponerse en varios dioses o, en sentido inverso, podía unirse a otros dioses para integrar un ser divino más complejo y de mayor poder. De



Dios del Fuego, representado como un anciano sentado que sostiene sobre la cabeza un enorme brasero adornado con cruces y barras verticales. Cerro de las Mesas, Veracruz. Clásico. Museo Nacional de Antropología. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/RAICES



Caja de piedra de Tizapán. En la parte interna de la tapa se representan cuatro *tlaloque* o dioses de la lluvia, de colores blanco, amarillo, azul y rojo, como seres cósmicos que sostienen sobre sus cabezas el círculo del cielo. Centro de México. Posclásico. Museo Nacional de Antropología.

la primera facultad puede citarse como ejemplo, entre los nahuas, al dios Quetzalcóatl, que al desligar su parte cálida y luminosa de su parte fría y oscura daba origen, por un lado, a Tlahuizcalpantecuhtli, señor de la aurora, y por otro al negro dios Ehécatl, señor del viento. Lo más común, sin embargo, es la facultad de los dioses de mostrarse como unidades de la dualidad masculino-femenina, como una pareja conyugal o como cualquiera de sus dos componentes. Es ésta una característica que se sigue atribuyendo a los dioses en algunas de las religiones indígenas contemporáneas, y no es raro encontrar que los fieles se refieran a ellos como personas que en ocasiones aparecen jóvenes y en otras ancianas.

Los mayistas suelen ilustrar el proceso contrario, de fusión divina, con Oxlahuntikú y Bolontikú, dioses formados, respectivamente, de la unión de los trece dioses regentes de los cielos y de los nueve dueños de los pisos del inframundo. El ejemplo extremo es el de la unión de todos los dioses en una sola persona, el Dios Unitario, suma de todos los poderes cósmicos, llamado Pijetao entre los zapotecos, Hunab Ku entre los mayas o Tloque Nahuaque entre los nahuas.

EL TRÁNSITO DE LOS DIOS

A través de los árboles cósmicos, los dioses viajaban de sus moradas celestes o subterráneas al mundo de los hombres. El mundo era para ellos como una inmensa cancha de juego de pelota donde unos frente a otros probaban sus poderes, manifestándose en la lucha de las fuerzas naturales. A su paso por el mundo, por un trato de intercambio, cobraban al hombre los bienes entregados, pues eran ávidos de los recursos terrenales. Recogían de las ofrendas —ingiriendo su esencia invisible— los aromas de las viandas, de las flores, del copal o de la sangre. Tal alimento era tan sutil que no impedía su libertad de tránsito de un tiempo-espacio a otro.

Los dioses tenían diferentes apatencias. El viejo dios del fuego, por ejemplo, debía ser refrescado con pulque, líquido considerado de naturaleza extraordinariamente fría. Otros seres sobrenaturales, en su voracidad,



FOTO. MARCO ANTONIO PACHECO/INACES

Imagen de Kukulcán o de un sacerdote ataviado con sus símbolos, entre los cuales se encuentra el pectoral en forma de caracol cortado. Cerámica maya del norte de Yucatán. Posclásico. Museo Regional de Antropología del INAH, Palacio Cantón, Mérida, Yucatán.

ocupaban los cuerpos de los hombres, ocasionándoles enfermedades; entre ellos, los pequeños dioses de la lluvia se alojaban en las coyunturas móviles hasta producir artritis. El hombre debía actuar moral y ritualmente en la forma más adecuada, avizorando la presencia de los dioses para satisfacer a cada cual, en el tiempo, lugar y forma precisos, según las preferencias del poderoso e invisible numen. Así propiciaba sus dones y evitaba sus daños.

El cosmos mesoamericano estaba dividido en ámbitos de dominio de los distintos dioses: de tal manera, el dios de la lluvia tenía por residencia las nubes y las masas de agua; sus piedras preferidas eran los jades; entre sus animales, contaba con un fabuloso mamífero lacustre que ahogaba a los bañistas para entregarlos a su dueño; sus poderes se manifestaban en el rayo y la tormenta; sus beneficios, en la lluvia favorable a las cosechas, y sus daños, como se ha visto, en las enfermedades "frías" y "acuáticas", y en las inundaciones, las sequías, las heladas, los golpes de rayo y las muertes por inmersión en el agua. Otro ejemplo puede ser el de los dioses que regían la lubricidad. Así como inflamaban los apetitos carnales, podían perdonar a quienes habían hecho pecar sexualmente y los sanaban de las enfermedades acarreadas por los excesos.

En suma, los dioses, en sus dominios terrenales, con sus particulares facultades, beneficiaban o dañaban a los hombres, según su talante, sin que pueda considerarse que entre ellos los hubiese absolutamente buenos o absolutamente malos. Eran, simplemente, poderosos.

Los dioses podían poseer transitoria o definitivamente los cuerpos de las criaturas, y sobre todo los humanos. Así se explicaba el mesoamericano los desvaríos de la embriaguez, considerando que uno de los numerosísimos dioses del pulque actuaba en el interior del ebrio, desviando su comportamiento.

Otro tanto se pensaba de los estados de locura, de pasión, de ira o de inspiración artística. Para bien o para mal, los dioses actuaban dentro de los humanos, y éstos eran responsables de la forma en que controlaban o se dejaban llevar por los impulsos de los intrusos.

Las concepciones sobre la posesión divina explican, al menos en parte, la práctica del sacrificio humano. Pese a su calidad sobrenatural, los dioses envejecían en su estancia sobre la tierra y requerían del auxilio de los hombres para apurar el ciclo del desgaste y readquirir su vigor. Una de las vías era convertir a los cautivos de guerra o a los esclavos rebeldes en hombres-dioses. Transformadas ritualmente en vasos del dios, las víctimas enlazaban en su última actuación la muerte y el renacimiento divinos.

LOS CICLOS DEL TIEMPO

Decían los antiguos nahuas, al referirse a su destino: "Ha sido dicho, ha sido hecho sobre nosotros, en el cielo, en el mundo de los muertos." Según la *Relación de Michoacán*, una mujer tarasca fue conducida por orden divina, montada en un águila blanca, hasta el mítico monte Xanoato-hucatzio, y ahí fue testigo de la asamblea donde los inmortales decidían el futuro del mundo. El destino se hacía presente como tiempo, y el tiempo eran los dioses mismos que, en viajes cíclicos, bañaban invisibles la superficie de la tierra para transformarlo todo.

Su orden de llegada era estricto, dictado por los ritmos calendáricos. La forma era compleja. Cada día, por ejemplo, era un dios formado por la unión de otros dos. Así, un dios llamado Hun (Uno) se unía a otro llamado Akbal (Oscuridad) para integrar al dios Hun-Akbal, perteneciente a su vez a un conjunto de 260 dioses que integraban un ciclo de 260 días. Tras

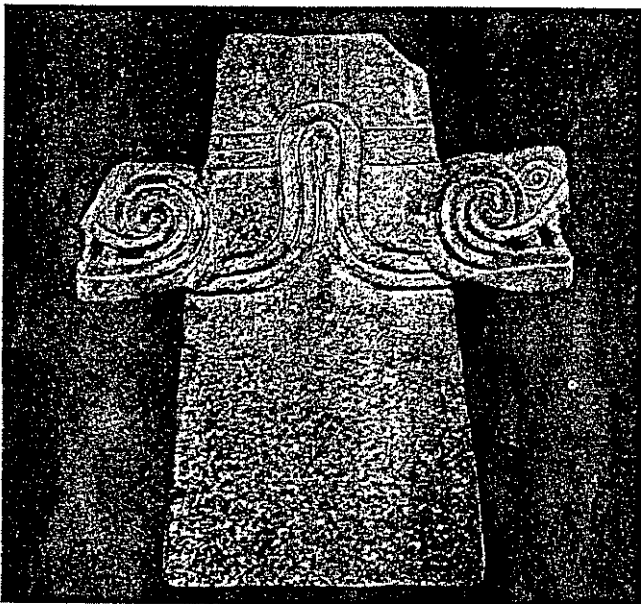


FOTO: MARCO ANTONIO PALACIOS RIVEROS

La ocisión ritual era la máxima ofrenda que podía hacerse a los dioses. La pieza de la ilustración es un *téhcattl* o ara de sacrificio humano. En la parte superior se observa la figura de una *maquicéatl*, serpiente fabulosa provista de dos cabezas. Museo Nacional de Antropología.



REPRODUCCIÓN: MARCO ANTONIO PALACIOS RIVEROS

Una mujer tarasca, después de haber sido transportada al otro mundo por un águila blanca, observa una asamblea de los dioses. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, Lámina XLII. Facsimitar en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

su formación, el dios-día brotaba por uno de los cuatro árboles de las esquinas del cosmos (también en un orden riguroso), y era el señor dominante sobre la tierra hasta que una nueva unidad de tiempo lo desplazaba, sustituyéndolo.

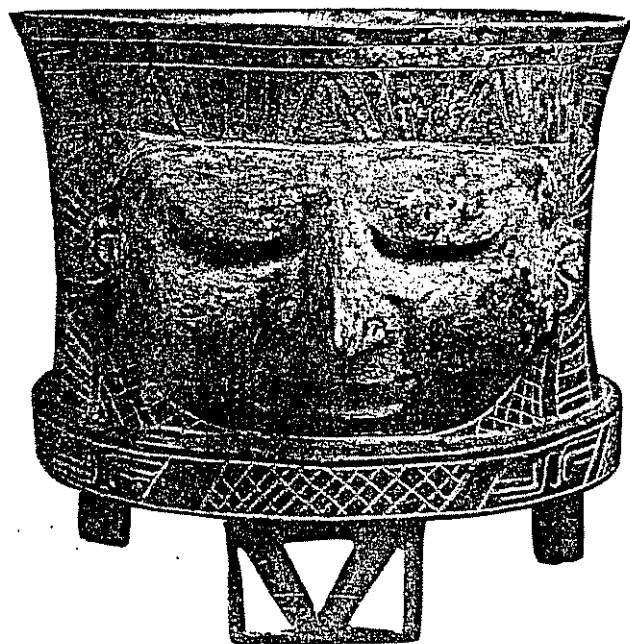
Lo mismo sucedía con las treceñas, con los "meses" de 20 días, con los años, con los "siglos" de 52 años, pues todas las unidades de tiempo eran dioses, algunos tremendamente complejos.

LAS MITADES DEL AÑO

El ciclo más espectacular era el de la lucha entre los poderes subterráneos de la lluvia y el verdor, y los poderes celestes del dorado calor solar. La alternancia de las temporadas de lluvias y de secas era concebida como una eterna lucha en la cual el equipo victorioso gobernaba durante la mitad del año, para ser derrotado y desbancado por el contrario, por un tiempo equivalente. Cuando tocaba el mando a las terribles diosas madres y a los señores de la lluvia, liberaban los tesoros guardados en su mundo de muertos, en los grandes depósitos del interior de las montañas. Salían entonces por las cuevas los vientos, las nubes de lluvia y de granizo, los rayos, y por las bocas de los manantiales brotaban las corrientes de agua. Surgían también de su encierro las fuerzas de la germinación, del verdor, del crecimiento, para vestir la



Pieza que representa la dualidad en forma de un personaje con dos cabezas, concepción agrícola que engloba entre sus significados el de la sucesión de las temporadas de lluvias y de secas. Occidente de México. Preclásico. Museo Nacional de Antropología. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/RAICES



Vaso teotihuacano cilíndrico con tres patas. En su pared está representado un personaje mofletudo que pudiera identificarse con el Dios Gordo. Sus ojos cerrados parecen relacionarlo con la muerte, lo que es muy probable, puesto que contenía los restos óseos de un niño. Clásico. Museo de Sitio de Teotihuacan. FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO/RAICES

tierra con un fresco y bello manto. Esto era posible porque del interior de las montañas los dioses acuáticos y de la tierra también liberaban los "corazones" de las plantas, las "almas" o esencias que habían pertenecido a los vegetales muertos en la estación precedente. Tras el apogeo del verdor, venía el dominio solar, y entonces el fruto del maíz se transformaba en mazorca dura, amarilla, capaz de alimentar al ser humano. Era entonces el tiempo de las secas, de las cosechas, del disfrute de las fatigas agrícolas.

Todo, bienes y males, el cambio, el tiempo, era considerado producto de la voluntad de los dioses. En el centro del juego universal, el hombre gozaba y sufría, imaginaba moradas celestiales y profundidades de muerte y de riqueza, e inventaba a los dioses a su imagen y semejanza. ☞

* Doctor en Historia. Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / IMÁGENES

Urna zapoteca que representa al dios del maíz, Pitao Cozobi, cubierto por un enorme yelmo que luce, bajo el amplio penacho, mazorcas enhiestas de maíz. Monte Albán, Oaxaca. Clásico. Museo Nacional de Antropología.

FUNCIONES DE LOS DIOS

INTEGRANTES DEL COSMOS

1. Creadores de los componentes cósmicos. Todos los dioses derivaron de la Divinidad Suprema, a menudo representada como la Pareja Divina. Posteriormente, los dioses fueron creando las distintas partes de la gran maquinaria cósmica.

2. Piezas del cosmos. Ellos mismos eran los componentes cósmicos personificados, cumpliendo así funciones de prismas celestiales, columnas sustentantes del cielo, etcétera.

3. Regentes. Al mismo tiempo, eran la voluntad que gobernaba en cada uno de los componentes de la gran maquinaria.

4. Guardianes. Eran los encargados de mantener la sacralidad y la integridad de los distintos ámbitos del cosmos, contra las profanaciones y abusos de los mortales.

DINAMIZADORES DEL COSMOS

5. Esencias de las fuerzas naturales. El juego de los fenómenos naturales era concebido como las luchas personales entre los dioses.

6. Causantes de la alternancia. El desgaste paulatino de las fuerzas divinas que dominaban el mundo provocaba combates jamás equilibrados, y con ellos la alternancia de las victorias. Esto daba lugar a los ciclos del tiempo.

7. Componentes del tiempo. Ellos mismos eran la sustancia del tiempo, que llegaba ordenadamente sobre el mundo para transformarlo todo. Los dioses eran días, treceñas, veintenas, años, siglos, etcétera.

RECTORES DEL MUNDO

8. Creadores. Cada clase de criaturas debía su origen a una divinidad que había intervenido en una aventura mítica al principio del mundo.

9. Formadores. Los dioses mismos se habían convertido en la esencia o "corazón" de cada criatura, el "alma" que proporcionaba a los individuos las características de su clase.

10. Perpetuadores. Tras la muerte o destrucción de los indi-

viduos, viajaban como "corazones" al mundo subterráneo para reciclarse y volver a dar la esencia de clase a los nuevos individuos. Así, permitían la conservación de lo creado, a pesar de la naturaleza mortal de las criaturas.

11. Generadores de los ciclos de vida y muerte. Producían las fuerzas de la fecundación, nacimiento, nutrición, crecimiento, maduración, enfermedad y muerte de las criaturas.

12. Gobernantes. Regían, desde sus moradas divinas, el destino de las criaturas. Su delegado en el mundo del hombre era el Sol.

RECTORES DE LA EXISTENCIA HUMANA

13. Patronos de grupos humanos.

a) Creadores. Cada grupo humano había sido formado por un dios patrono en una aventura mítica y con la sustancia de su creador.

b) Formadores. La sustancia del patrono constituía el "alma-corazón" de cada individuo del grupo. Con ella todo individuo era coesencial con el dios, y recibía como herencia derivada raza, lengua, oficio y costumbres.

c) Guías. Los patronos sacaban a sus protegidos del vientre de la Montaña Madre, los guiaban hacia la tierra prometida y los instalaban, marcando el sitio elegido con un milagro.

d) Protectores. Desde su encierro en un monte próximo al pueblo, el patrono protegía a sus hijos, dándoles salud, descendencia, lluvias y riquezas, y vigilaba el orden y la moral del grupo.

14. Invasores. Los dioses podían tomar posesión de los seres humanos y alterar su conducta con pasiones, inspiraciones, facultades extraordinarias, enfermedades o locura.

15. Justicieros. Premiaban o castigaban la conducta humana.

16. Gobernantes en el más allá. La máxima forma de posesión divina era la muerte. La existencia del poseído en el otro mundo lo hacía un servidor del dios, con tareas muy específicas, según el ámbito de pertenencia.



Complejo braseo de cerámica con el rostro del dios solar maya. Sobre éste aparece un elaborado tocado con mascarón y ave celeste; abajo se observa la figura del señor del inframundo. Palenque, Chiapas. Clásico. Museo Nacional de Antropología.

CARACTERÍSTICAS DE LOS DIOSES

1. Constituidos solo por sustancia ligera. Se creía en un cosmos compuesto por dos clases de sustancia: la ligera (imperceptible para el hombre) y la pesada (perceptible para el hombre). Los dioses estaban constituidos solo por la primera.

2. Con personalidad. Poseedores de razón, voluntad, pasiones y facultades de comunicación entre sí y con el hombre.

3. Inmortales. La "muerte" de los dioses en el mito no significaba su aniquilación, sino su sujeción a los ciclos de vida/muerte, esto es, los ciclos de aparición y desaparición sucesivos en el mundo del hombre.

4. Diversos entre sí. La diversidad divina correspondía a la diversidad del mundo, pues los dioses daban origen y sentido al ser y al devenir cósmicos.

5. Actuantes. Su voluntad dirigía una acción eficaz tanto sobre la sustancia ligera como sobre la sustancia pesada del cosmos. A ellos se atribuía el origen de todo lo existente, bueno o malo, para el ser humano.

6. Ocupantes de todos los ámbitos cósmicos. Estaban presentes tanto en sus moradas exclusivas como en el mundo del hombre, y podían circular de un tiempo-espacio a otro. Podían poseer transitoria o definitivamente a los seres mundanos, entre ellos al hombre.

7. Con poderes delimitados. Poseían particulares ámbitos de dominio, a los que correspondían caracteres, facultades, formas de acción, tiempos y espacios específicos. La intensidad de sus poderes era variable, de acuerdo con las circunstancias.

8. Regidos por las leyes del cosmos. Sus acciones estaban sujetas y limitadas por la regularidad cósmica, misma que limitaba su voluntad y determinaba las oportunidades y lugares de ejercicio de sus poderes.

9. Carentes. Tenían apetencias y necesidades que los hacían ávidos de los bienes terrenales y proclives a la adoración de los hombres.

10. Vulnerables al paso del tiempo. Si bien en sus moradas divinas eran inmunes al envejecimiento, cuando se encon-

traban en el mundo del hombre causaban los ciclos temporales y quedaban sujetos a ellos. Su vulnerabilidad obligaba al hombre a nutrirlos con las ofrendas y a revitalizarlos con las ocasiones rituales.

11. Divisibles y reincorporables. Su sustancia se dividía permitiendo su ubicuidad. En sentido opuesto, las partes dispersas de su sustancia podían reincorporarse.

12. Esibles y fusibles. Eran seres complejos que podían separar sus diferentes aspectos —por ejemplo el masculino del femenino— o descomponerse en varias personas divinas diferentes. De manera concomitante, dos o más dioses podían formar una sola divinidad, con personalidad y atributos compuestos. Esta última propiedad culminaba en la integración del Dios Supremo.



Pieza de cerámica que representa al Dios de la Muerte. Los Cerros, Veracruz. Clásico. Museo de Antropología de Xalapa, Veracruz.

Para leer más...

CARRASCO, Pedro, "Las fiestas de los meses mexicanos", *Mesoamérica. Homenaje al doctor Paul Kirchhoff*, Barbro Dahlgren (coord.), INAH, México, 1978, pp. 52-60.

CASO, Alfonso, *El pueblo del Sol*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

GONZÁLEZ TORRES, Yolotl, *Diccionario de mitología y religión de Mesoamérica*, colaboración de Juan Carlos Ruiz Guadalajara, Ediciones Larousse, México, 1991.

GRAULICH, Michel, *Mitos y rituales del México antiguo*, Colegio Universitario y Ediciones Istmo, Madrid, 1990.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.

—, *Tamoanchan y Tlalocan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.

MILLER, Mary y Karl Taube, *The gods and symbols of Ancient Mexico and the maya*, Thames and Hudson, London, 1993.

NÁJERA C., Martha Iliá, *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio sangriento entre los antiguos mayas*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1987.

NICHOLSON, H.B., "Religion in pre-hispanic Central Mexico", en *Handbook of Middle American Indians*, Robert Wauchope (ed.), vol. 10, University of Texas Press, Austin, 1971, pp. 395-446.

RIVERA DORADO, Miguel, *La religión maya*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

TAUBE, Karl Andreas, *The major gods of Ancient Yucatan*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, 1992.

THOMPSON, J. Eric S., *Historia y religión de los mayas*, Siglo XXI Editores, México, 1975.

VARIOS AUTORES, *Mitos cosmogónicos del México indígena*, Jesús Monjarás-Ruiz (coord.), INAH, México, 1987.